

su voluntad? En presencia de lo que ignora, no se hallará la ciencia, frente á la enfermedad, no tendrá el vigor de la salud, ¿qué le quedaría pues, si no tuviese por lo menos, la voluntad de curarse y de aprender?

II

La vigilancia

No siempre está dispuesto el niño á cumplir su deber: la ligereza, la falta de inteligencia, la inclinación natural á hacer su voluntad, todo eso puede ser obstáculo para su educación. Es necesario prepararlo en los límites de lo posible, y con tanta mayor atención, cuanto que vale siempre más prevenir el mal, y no tener que reprimirlo ó extirparlo. En consecuencia, es preciso vigilar al niño. Esta vigilancia es uno de los grandes peligros, que deben señalarse respecto á la dignidad del carácter, sobre todo, porque la vigilancia de los padres y maestros debe ejercerse desde muy temprano, y ya á una edad, en que el arbusto tiene dificultades para enderezarse, y en que el carácter se dobla ya fácilmente.

Es muy fácil darse cuenta de esa influencia que puede ser funesta. El niño que se siente vigilado, puede estar expuesto: á esquivarse de esa vigilancia, por falta de sinceridad, digámoslo de una vez,

por hipocresía; ó á no tener en su conducta otro móvil que las miradas del maestro, y entonces pierde toda iniciativa propia, todo sentimiento de responsabilidad personal. Concede, en este caso, la parte del deber, que ni aun con disimulo puede rehusar; pero nada más; y sabe que no tiene ni el honor ni el mérito de lo que concede. El ojo del maestro es quien lo obliga; compone su rostro cuando se siente sorprendido por la vigilancia; y esa costumbre que toma de consultar así una mirada inquisidora, puede hacer que más tarde se preocupe, ya sea de la mirada ó de la sonrisa de sus semejantes, y estar siempre á su antojo. ¿Qué llegará á ser pues, esa criatura, á quien Dios ha dado, según el poeta latino, un rostro para *mirar el cielo*, y que descenderá á mendigar á diestra y siniestra una aprobación ó una tolerancia? ¿Y cuán enojoso no será exponerse así á las malas influencias, cuando puede uno por sí solo conducirse, y conducirse bien? Es difícil imaginar espectáculo más triste que el del bien escondiéndose bajo una vergüenza falsa; pues es incontable que en ciertas naturalezas puede encontrarse la vergüenza del bien como la del mal; es preciso prever y evitar aun ese resultado y, debo decirlo, sobre todo ese resultado.

De hecho, nada es tan importuno ni tan justamente importuno, como una mirada inquisidora, á

la que no puede uno escapar, ni para hacer el bien. El autor de este trabajo no puede olvidar la desagradable impresión que experimentó cuando, á la edad de trece años, al entrar por primera vez en un colegio, fué súbitamente instalado en un gran salón de estudios y *mandado*, desde lo alto de una cátedra, por un vigilante cuyas miradas se paseaban constantemente de los cuadernos de unos á los escritorios de los otros. Por cualquier cosa habría protestado en el instante, si á su ingenuidad no fuese unida igual timidez. Sin embargo, pocos días después quedó tranquila su conciencia, habiendo hecho una grave y concienzuda confianza á aquel excelente hombre, prefecto de estudios, que no dejaba significar bastante confianza á sus subordinados. El mismo alumno, al saber un día que uno de sus condiscipulos había sido despedido de la enfermería, por perezoso y por no estar enfermo, se esperaba ver que aquel condiscipulo contestaría, marchándose inmediatamente, á semejante afrenta; y no comprendió, sino mucho tiempo después, que pudieran resignarse á semejante desconfianza.

Existe, pues, y esto es ciertísimo, un sentimiento íntimo y delicado que se hiere con la vigilancia. No se sigue de ahí, que pidamos que no se ejerza esa vigilancia necesaria; pues aun suponiendo siempre lo bueno, el niño necesita un guía; y por consecuencia que lo observen y lo sigan, y esto es

tan exacto en la educación pública como en la privada. Pero ¿es preciso sacrificar ese instinto elevado de justa independencia? No, sino por el contrario respetarlo y servirse de él. Es un resorte, que para utilizarse, necesita ante todo estar en su lugar, en seguida adaptarse á engranajes convenientes y por último no cansarlo ni romperlo.

La primera precaución que debe tomarse, es hacer saber al alumno que no tiene más objeto que advertirle las faltas que se le escapen é instruirle en los defectos que no sospechara por sí mismo; que no se duda de su lealtad, sino de su atención; que no se le acusa de mal intencionado, sino de ligero ó inconstante; y si no está solo, decirle que se teme esa disipación y esa inclinación al desorden, que nace de la aglomeración y del contacto. Es preciso llegar á hacer considerar al superior, cualquiera que sea, padre, madre ó profesor propiamente dicho, como un guía benéfico, que no importuna, como no importuna la luz en las tinieblas, ni extravía ni hace daño. Hay, convenimos en ello, naturalezas de niños que no comprenden este orden de ideas, y para quienes la vigilancia es una amenaza permanente y necesaria. Felizmente son raros esos niños, y cuidados inteligentes pueden hacerlos más raros todavía, sobre todo cuando se puede obrar desde temprano.

El niño de temprana edad tiene un fondo de sen-

cillez y rectitud, gracias al que sus instintos de astucia ó malicia se disciernen y combaten fácilmente. Este es el caso común. Un educador atento pondrá en claro todo eso, y con facilidad hará comprender al joven diplomático que es ridículo é inhábil.

Nos inclinamos á creer, que este es uno de los mejores correctivos. Quizá ensayará la adulación; cuidaos mucho y desconcertadle, si no queréis comprometer su carácter, comprometer vuestra propia dignidad y aparecer ridículo ante vos mismo. Si se aventura á mentir, sed severo é implacable, para hacerle sentir vivamente la vergüenza de un procedimiento tan vil. Por el contrario, recompensad siempre su lealtad, y que ésta sea, si no un medio seguro para desarmaros, sí por lo menos de obtener vuestra indulgencia para con el culpable. No dejéis ignorar al niño, que si al cometer una tontera se rebaja, negándola, se rebaja más, puesto que se pone en guerra con la justicia, la lógica y el sentido común; que además, sostener una mentira es empresa superior á sus fuerzas, por grande que sea su inventiva.

Las niñas hacen algunas veces desde temprano, sus ensayos de sabia política, y verdaderamente hacen prever maravillosas habilidades para el porvenir. En esto hay un peligro real, pues toda astucia, en el caso que suponemos, proviene de falta de dignidad; y bien sabidas son las consecuencias

de esa costumbre, de caminar por vías torcidas. Mr. de Bonald dice que « los niños riñen y se aman, y las niñas se acarician y se encelan »: si el filósofo es severo, convengamos también en que es perspicaz. Es necesario, pues, llegar á introducir la rectitud en esas almas que se anuncian tortuosas; y es preciso hacerlo, á pesar de la vigilancia que pareciese deber hacer imposible esta tarea, pues pone al niño en el caso de usar todos sus medios y ejercitarlos. ¿Cómo triunfar allí?

Teniendo en cuenta las observaciones presentadas antes, el maestro ó vigilante debe no dejar aparecer de la vigilancia, sino lo que es muy necesario que aparezca; hay casos en que deben saber las cosas, sin aparentar que han querido saberlas, precisamente porque la investigación importuna al niño y lo irrita. De todos modos, es necesario que la vigilancia no tome nunca el odioso carácter del espionaje, porque un deber de tal importancia debe cumplirse con respeto; y no sería respetarlo, mezclar un sentimiento bajo. El maestro que, en interés de la educación, se ve obligado á saber algo, debe hacerlo rectamente, y de tal modo, que no le impida nunca obrar lo que ha sabido.

Apenas si necesitamos decir que la mayor de las bajezas sería la delación erigida como sistema. Hay casos en que un niño no se rebajaría al denunciar un desorden, como tampoco el ciudadano que

gritase ¡Fuego, fuego! é hiciese aprehender al incendiario; por ejemplo, cuando se trata de faltas absolutamente graves y contagiosas contra las costumbres; pero entonces, hay que tomar una precaución, y es modelar el espíritu de la comunidad, para que vea como un acto leal de legítima defensa, una advertencia dada al maestro en casos semejantes; y el maestro tendrá más probabilidades de que sus miras sean aceptadas, si repudia abiertamente la delación para cualquier otro hecho; y esta debe ser su norma. — Sabemos que en ciertas escuelas, en ciertos planteles pequeños, para suplir á los maestros, se nombran oficialmente *monitores*, y algunas veces por turno; de éstos no hablamos, pues los inconvenientes que aquí resultan son de otro género.

Dijimos antes que el niño solo se forma, cuando quiere ser bien formado; y de esto resulta que la perspicacidad más sutil de un maestro no valdrá nunca la lealtad del niño. No hay que cansarse nunca de hacer esfuerzos, para que el niño obre por un motivo razonable y de respeto para el deber; y hacerle conocer, cuando sea necesario, las faltas que ha cometido. Si lo conseguís, casi ya no sois necesario, y sin embargo educáis al niño; lo educáis sí, porque podéis dejarle sin peligro, la dirección de sí mismo, conforme á una regla que se honra no solamente en practicar sino en conocer.

Por otra parte, lo que es verdadero en lo que se

refiere al mando, es verdadero también en lo relativo á la vigilancia, no hay que excederse en mandar, como tampoco en vigilar. Cuando tengáis probabilidades de que vuestro discípulo obra en conciencia, testificadle que gustáis depositar vuestra confianza en él; y con frecuencia, recibiréis como recompensa de vuestra confianza, toda su fidelidad; y si ciertos detalles hacen sufrir, este inconveniente no quedará sin compensación. Debéis aún algunas veces aparentar ignorar lo que sabéis de las faltas de vuestro discípulo, por respeto á esa naturaleza humana que no consiente nunca sin desanimarse, á perder la estimación, y que se esfuerza tanto más en merecerla, cuanto mejor cree poder esperarla. En suma, poca cosa es el resultado obtenido nada más por las miradas del maestro; no siempre podéis estar allí; fatalmente escapan una que otra vez. Evitad pues, con mucho cuidado, todo lo que hiciera vuestra presencia demasiado necesaria ó vuestra ausencia demasiado funesta.

Tenemos á la vista el ejemplo de un pueblo vecino, en quien ese medio de educación es comprendido y aplicado de una manera muy distinta que entre nosotros. Esa especie de indolencia con la que se abandona al niño, ó por lo menos al adolescente que se vigile por sí y se conduzca, fuera del tiempo consagrado al estudio, tiene quizá su lado bueno. Hay que reconocer, que el tempe-

ramento del inglés lo expone menos que el nuestro á turbulentas tonterías, y da garantías materiales de que carecemos absolutamente ; pero fuera de esta consideración ¿ no habría mucho que tomar de ese sistema, si se pudiesen modelar allí las costumbres públicas ? Se respetaría más quizá una libertad á la que se hubiese uno habituado de mucho tiempo atrás, en vez de que esa misma libertad, hasta entonces desconocida, embriaga súbitamente á nuestros jóvenes, después de hacer sus estudios secundarios ó profesionales. ¿ Cuántas naturalezas hay, que comprimidas en exceso por la vigilancia, cuando no son sofocadas, se ven expuestas á terribles explosiones, si se prestan las circunstancias ?

Seguramente que se interpretarían muy mal nuestros sentimientos, si se nos atribuyese el pensamiento de que es preciso dejar al niño que se eduque por sí mismo, por respeto á ciertas teorías sonoras de que desconfiamos. Comprendemos cristianamente la libertad ; es decir que no vemos en ella un vano fantasma, ni un espantajo ; el niño debe en consecuencia conservar la suya ; pero que no la autoricen, ni los límites de su razón que es todavía muy corta, ni las necesidades de su educación que son considerables. Á los maestros toca ver en detalle las concesiones que crean oportunas, á nosotros nos basta haber hecho constar el principio.

En resumen, la vigilancia es indispensable ; pero, para que no sea una causa de baja de carácter, debe afirmarse con lealtad, y ejercerse con tacto y discreción. Y cuando se trate de una casa de educación propiamente dicha, creemos que, si fuese esto practicable, la vigilancia debería ser la tarea de los maestros más inteligentes, y no necesitamos agregar, que de los más abnegados también, pues es una tarea, á la vez que importante, difícil é ingrata.

III

La reprensión

Así como la vigilancia es necesaria antes del desorden para prevenirlo, así también la reprensión puede hacerse necesaria, cuando se ha presentado el desorden para impedirle que vuelva. No necesitamos examinar hasta qué punto el castigo humano es un acto de justicia propiamente dicha ó de reprensión pura y sencilla ; en el caso presente, nos basta señalar que si el castigo del niño es algunas veces indispensable, hay muchas en que es un gran peligro para la nobleza de su carácter, porque se encuentra en él algo humillante, que no debe lastimarse de una manera inconsiderada.

Para examinar desde un principio la naturaleza